

El mar estaba tranquilo, y el cielo se extendía como una bóveda de zafiro sobre aquel gigante espejo, cuyos cristales se rizan al soplo de las auras.

Las embarcaciones todas empavesadas y con sus flámulas de fiesta, apenas se balanceaban mecidas por las mansas olas que acariciaban sus costados.

El muelle estaba profusamente engalanado.

Los pedestales del pórtico estaban decorados con trofeos de armas: de uno á otro pedestal colgaban grandes bandas con los colores nacionales.

Las cuatro columnas ostentaban también trofeos de armas y cortinajes.

En los tableros de los arcos había inscripciones y poesías cubiertas con coronas de laurel, destacándose el escudo del nuevo imperio en la parte superior del arco principal.

A los lados de esa lengua de tierra que forma el muelle, se forman grandes entarimados con elegantes barandillas, para que las damas de la población asistieran al desembarque de SS. MM.

En la plaza de Armas se había levantado un arco triunfal de inmensas proporciones, dedicado á los archiduques, sobre cuatro pedestales del orden compuesto, en los que descansaban ocho columnas sostenidas en sus bases por grupos de cariátides.

Los capiteles dorados sostenían la cornisa, quedando coronada con alegorías que representaban las ciencias, la justicia, la agricultura y el comercio.

V.

A las cinco de la mañana una salva de ciento un cañonazos disparados por la marina y contestada por los fuertes de tierra, anunció que la embarcación de sus majestades se había desprendido de la fragata imperial.

Cerca de cien botes adornados á proa, á popa, y en el palo de enmedio, de banderas y galiardetes, formaban una valla de honor desde la bahía al muelle, y sus tripulaciones victoreaban á los archiduques.

La embarcación tocó la tierra, y Fernando Maximiliano puso los pies en el territorio mexicano.

Atravesó sus calles en medio del delirio oficial de los empleados, llevando del brazo á Carlota Amalia su esposa, y entrando en el tren, arrebatado en alas del vapor, perdió á que-lla ciudad, dándole el último adiós, no sin tender la vista

unos instantes en la "Novara" que yacía encadenada al peso de sus anclas, frente al castillo de San Juan de Ulúa.

CAPITULO DECIMO.

REVELACIÓN.

I

Grande era la agitación que reinaba en los círculos todos de la sociedad.

La prensa mexicana proclamaba que el reinado de la paz había llegado, la extranjera se desataba en injurias horribles y pedía al mismo tiempo que la reconciliación, el aniquilamiento de los republicanos, el terrorismo imperial para levantar el trono sobre cadáveres.

La sombra de Juárez se les aparecía como un espectro vengador. Temían que su aliento volviese como el huracán, y pasara derribando todo aquel edificio, levantado por la traición y el abuso de la fuerza.

El ejército francés se ocupaba en asesinar, sus jefes en demandar ascensos y subir su presupuesto en el tesoro agotado de su nación.

El bando reaccionario se apoyaba en las bayonetas extranjeras y veía afianzado el porvenir.

Habían surgido algunas dificultades, que presagiaban el divorcio de los conservadores, porque la Francia que medía el abismo que le preparaban los intereses creados por la república, no quería poner mano sobre ellos, y falseaba el principio reaccionario en México.

Monseñor Labastida se había separado de la regencia, alegando que estaban violados los cánones y el derecho divino, siempre que se sostuviese la ley de expropiación de los bienes eclesiásticos.

La declaración del regente era palmaria, no quedaba más que la derogación de la ley que mandaba poner en vigor las de reforma, ó entrar en lucha abierta con la secta conservadora.

La Suprema corte formuló también su protesta.

Bazaine y Almonte se pusieron de acuerdo y decidieron no separarse una sola línea de la conducta prevenida por la Francia agente y motora de este gran negocio. Los dos miembros

de la regencia asumieron el poder y decretaron la disolución de la alta corte, condenando á sus miembros á la nulidad política para siempre.

Monseñor Labastida se alzó terrible como los pontífices de la edad media, y anatematizó al gobierno provisorio declarándole fuera de la comunión católica toda vez que prestase su apoyo á las leyes de la república.

Los dos triunviros se conformaron con la excomunión, en cuanto á Bazaine, perteneciendo á la servidumbre de los Bonaparte, sabe que aún á los mismos pontífices les arranca de la silla de San Pedro cuando se oponen á los soberanos que cuentan con ejércitos de mar y tierra.

Pío VII fué llevado por un despojo por Napoleón I á Fontainebleu, muriendo el desgraciado pontífice en el más injusto de los destierros.

Hoy Napoleón III se prosterna delante de Pío IX para recibir la bendición apostólica.

Es de temerse que se conserve en esa actitud cristianisma delante de la Prusia, que impulsará más tarde á Victor Manuel á la ciudad Eterna, como capital del reino de Italia.

En estos momentos de crisis llegó Maximiliano á tomar las riendas de su imperio. Todas las miradas se fijaron en el archiduque, sin sospechar cuál sería su marcha administrativa, aunque él había iniciado el principio democrático.

Estallaron las ambiciones, los puestos públicos fueron asaltados, los ascensos se repartieron con profusión, y el erario estaba sentenciado á morir de inanición.

El empréstito era un poderoso atractivo, las empresas más descabelladas se improvisaban para pedir subvención y apoyo pecuniario al gobierno, sin descubrir por entonces que Napoleón III se había hecho pagar algunos millones por cuenta de la expedición intervencionista.

Al César francés nada podía negársele; una orden de retirada era la decapitación del imperio.

Sin recursos y con un ejército prestado, no podía prolongarse mucho la situación.

Los más ilusos no se engañaban sobre este punto, y se disponían á prepararse para el momento en que llegase el término fatal puesto en los convenios, en que aquel ejército daría su primer toque de marcha.

II.

Volvamos á los personajes de nuestra historia, que parece hemos dejado abandonados.

La víspera de la entrada de Maximiliano, Clara, la bellísi-

ma mexicana, estaba en el oratorio de su suntuosa casa; la pobre joven rezaba delante de un Crucifijo, y gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas como gotas de rocío en el pétalo de las flores. Con las manos enclavadas dirigía una ferviente súplica al Redentor.

Había pasado una hora en esta postura, cuando la voz de su padre la sacó de su éxtasis doloroso.

—Hija mía, Clara.

—Padre, ¿qué me quieres?

Levantóse la infelice niña, y sin decir una palabra, se arrojó sollozando en brazos de su anciano padre.

Aquel hombre que había encerrado en su hija única todo el amor de su vida y la felicidad de sus postreros días, recibió una impresión dolorosa al ver la angustia de Clara.

—¿Qué pasa? la dijo con ternura, tú no has llorado jamás, yo sólo te he enseñado á reír, á ser dichosa, ¿no es verdad?..... pero tú tienes algo, hija mía,vamos, no será nada; serénate, yo no soy tu padre, soy tu amigo, tu hermano.....háblame, siento que se me parte el corazón.....

Y el pobre anciano rompió á llorar como un niño.

—Lo vas á saber, padre: yo he hecho mal en ocultarte mi corazón, cuando siempre ha sido transparente para tí.....tenía miedo, no quería molestarte.

—¿Miedo tú? no, Clara; mi cariño es toda expansión, el retraimiento es una ofensa.

—Pues bien, hace un año que amo con delirio á un hombre. El anciano llevó sus manos al corazón.

—Sí, le amo, padre; pero hay algo superior á este amor, ¡y es la vergüenza!

—¡La vergüenza!

—Sí, hay un anatema sobre las que involuntariamente amamos á un invasor.

El padre de Clara buscó apoyo porque le faltaban las fuerzas.

—Tú, continuó la joven con excitación, has enjendrado un horror invencible á los franceses en tus relatos de la invasión en España. Las impresiones de la niñez son indelebles, sí padre; después mi odio se ha aumentado con los crímenes y atentados cometidos en mi país.....pues bien, continuó [después de un momento de silencio, he visto á uno de esos hombres que ayer maldecía, y Dios ha cambiado en amor todo aquel odio que mi alma guardaba como en un sagrario; ha recibido la primera impresión como la luz primera de la juventud.

—¡Esto es horrible! exclamó el anciano.

—Padre, perdóname, yo no he hecho nunca más que obederte; pero hoy no tengo valor para oponerme á este torrente que amenaza sumergir mi existencia entera.

—¡Desgraciada! desgraciada!

—Sí, muy desgraciada, porque no puedo arrancar de mi corazón esa imagen, sombra de mi alma y de mi pensamiento.

—¡Este pesar siento que me llevará al sepulcro; dijo el anciano.....era yo tan feliz.....pensaba morir tranquilo, esto ya es imposible!

—No, dijo Clara en uno de aquellos arranques nobles de su alma; no, mi existencia, mi felicidad por la tuya.....Oyeme, yo no me hubiera detenido ante nada, perdóname, hubiera pasado sobre tu voluntad; pero me detengo ante tus lágrimas; nada he dicho, todo ha sido un sueño, una quimera, ya nada existe sino el amor de tu hija.

Clara tomó entre sus manos la cabeza de su padre y la llenó de besos.

—No, clara, no, yo no he tenido razón, tú no puedes amar nada que no sea digno de tí.....mis ideas han sido siempre otras; pero tú sabes siempre lo que haces, yo estoy viejo y acaso ya no puedo discurrir bien: la vida cambia de horizontes.....pero.....no, tú nunca te apartarás de mi lado, eres rica, muy rica, y viviremos siempre juntos. Clara, si temes la murmuración, marcharemos lejos de aquí donde puedas ser enteramente feliz; además, ese hombre no necesita estar en el ejército, tú le amas y yo le doy cuanto necesite.

—Me es imposible exclamó Clara, y besó mil veces las manos de su padre.

—Hija mía, ni una palabra más; dile que me vea, yo le escribiré; en fin arreglaremos ese negocio.

—Padre, él ha salido hoy para la Sonora, me ha ofrecido volver pronto.

—La ausencia le curará de esta impresión, se dijo para sí aquel infeliz padre, y luego acariciando á su hija, le dijo:

—Serénate, nos esperan algunos amigos, veremos qué noticias hay, estoy muy inquieto.

—El padre y la hija, esos nobles corazones que se confundían en un solo sentimiento, el de ternura y abnegación, no creían que existiera en el mundo la hiel del engaño, la traición.

El mundo brota flores llenas de perfume, pero esas flores se desgarran entre los abrojos de este drial, al combate del huracán terrible de los desengaños.

III.

La casa de Don Alfonso era concurrida por mexicanos y europeos, la mayor parte liberales.

—Este tudesco, decía un español ayudante de Prim, la va á pasar muy mal, no sabe á que país ha venido á tener.

—Es un caballero, replicaba otro español, pertenece á una familia distinguida.

—Paisano, y me refo de esas distinciones, todos hacen] lo mismo, nosotros hemos sacado una ventaja.

—Diga usted cuál es.

—Está al alcance de todos.

—Yo no la veo.

—Paisano, antes existía un odio implacable entre mexicanos y españoles: pero desde la brillante acción de mi general, el Conde de Reus. todo ha desaparecido; españoles y mexicanos estamos contra los gabachos; lea usted la historia, y vea lo que nos han hecho en nuestra España estos bandóleros, ¡rayo! si me dan tentaciones de fliarme en los batallones de Juárez ¡voto al diablo!

—Perdone usted, señorita Clara, cuando hablo de ciertas cosas, me vuelvo un rinoceronte.

Clara se reía, era muy feliz para darse por ofendida.

—Vea usted, continuó el español, haber espetado ese viejo zorro de Forey esa carta ridícula sobre las corridas de toros, cuando en su país se lidian reyes como Luis XVI y María Antonieta!

Don Alfonso aplaudió una salida tan original, y en toda la tertulia se difundió el buen humor y la hilaridad.

—En eso estamos de acuerdo, respondió el antagonista.

—En ese punto todos los españoles debemos estarlo, no nos faltaba más que estos ladrones de república se escandalizasen por nada.

—Dicen que la civilización proscribiera los palenques.

—Lo que proscribiera ó debiera proscribir, son esos genzaros, que no sirven en el mundo más que para llevar el luto y la desgracia por donde quiera que caen; porque los franceses son las langostas de las nacionalidades.

—¿De qué parte de España es usted?

—Andaluz, caballero; de la tierra de Dios, de Cádiz, donde el Napoleoncito no pudo entrar; porque allí no se cargaban los cañones con caramelos y avellanas, ¡viva la Andalucía!

—Esto merece, dijo Alfonso, una copa de champagne; y tocando la campanilla, ordenó al criado trajese unas botellas.

—Como que usted es gaditano, dígalos toda la sal y hermosura de su hija Clara.

—Gracias, caballero.

Sirvióse el champagne; y como era consiguiente, siguió una graciosa hilaridad.

—¿Qué preparativos hay para mañana, señor Rodríguez?

—Los mismos que á la entrada del ejército francés, una edición corregida y aumentada,

—Dicen que el arco es de muy buen gusto.

—Estoy por los de flores, como esos mil quinientos que pusieron los indios de Cholula.

—Diga usted qué sabe de programa.

IV.

—Voy á satisfacer la curiosidad de usted, dijo Enrique entrando en el salón.

—Hola, Enrique, no puede usted llegar á mejor tiempo, se necesitaba la lengua del Figaro mexicano para esta descripción.

—Señorita, usted me honra con ese nombre, no soy más que un cronista de mala ley.

—Adelante; tome usted una copa y comience.

—A la salud de usted, Clara.

—Gracias Enrique.

—Pues señor, dijo el dandy, esta gente no inventa nada nuevo, siempre lo mismo, ya duelen los ojos de ver gallardetes, y los oídos de tanta música de viento que no se ocupa más que de tocar el "Beso," importación francesa.

—Es un Wals primoroso.

—Sí pero tanto "Beso" ya revienta.

—Vamos al grano ¿que hay de fiesta?

—Pues señor, el prólogo de esta festividad comienza en la Villa de Guadalupe, como en los suspirados tiempos del virreinato, cuando SS. EE. tributaban su primera ovación á la Virgen de Guadalupe y sus primeras miradas á la grujía de plata.

—Adelante.

—Lo más selecto de nuestra sociedad de á caballo, se reunirá en la alameda para salir en busca de sus amados soberanos.

Luego la parte bruta de la comitiva se enjaezará elegantemente. Las señoras irán en carretelas abiertas, esto es más pasable, ¿no es verdad? Pues hay otra cosa más curiosa aún; los bípedos es decir los individuos pedestres, se vestirán de frac y calzarán guantes blancos para empuñar unas banderitas con una águila imperial en el centro.

Esto es un victor de escuela propiamente, ¿no importa volveremos á la edad de oro. ¿Ninguno de ustedes tiene preparada su banderita?

Todos respondieron con una risa burlona.

—Este Enrique es atroz, dijo clara moviendo graciosamente la cabeza.

—Nada hay de extraño en mi pregunta, todos debemos sa-

ludar á los soberanos; estoy seguro que el señor Fajardo ya está desde esta hora en la estación con bandera en mano esperando á los archiduques.

—Ha tomado usted por su cuenta á ese matrimonio.

—El me ha tomado y á la población entera por la suya: pero continúo: el prefecto político y el ayuntamiento de la imperial ciudad saldrán con mazas á entregar las llaves de México. Efectivamente no está mal *amasado* el negocio, México es una casa de vecindad cuya llave la entregan al primero que la ocupa; Forey se llevó la renta adelantada y la llave, que era de oro. El primado de la iglesia, monseñor Labastida irá en una carrosa tirada por cuatro frizones, ostentando toda la humildad del pastor de Jesucristo; perdonen los súbditos de S. M. C., pero este Evangelio de nuestro clero no está á mi alcance.

—¿Qué lengua, Dios mío! exclamó Clara.

—No hay que asustarse por tan poco, que yo pienso catolizarme á la usanza de monseñor. La procesión vá á estar muy ordenada: después de una batería mexicana, por que es necesario hacernos creer que desempeñamos el primer papel, seguirán los obispos de Michoacán y Oaxaca que no son malas baterías. D. Benito no le perdona al Santísimo Padre la remisión de un prelado á su cacicazgo de Oaxaca.

—¿Si acabará usted, Enrique!

—Falta muy poco. Se ha mandado á los pueblos que envíen el mayor número de indios que les sea posible; es necesario que SS. MM. vean muchos indios y muchas indias. Se me asegura que los alcaldes han estado ensayando á las tribus en lo que tienen de gritar con entusiasmo al paso de los soberanos.

En el llano de Aragón descenderán de su carruaje los emperadores y recibirán las felicitaciones. Me parece muy poco diplomático presentar respetos á un rey en un potrero. Esta cuestión le toca al señor Fajardo resolverla.

—Y vuelta con el señor Fajardo, dijo Clara.

—Prosiguió: en la Villa de Guadalupe le toca hacer los honores al venerable cabildo, donde se repetirá aquello del *pallio* y el *Te Deum*, y las caravanas, y los doseles, y todas las ceremonias del rito monárquico que la clerecía guarda en su guardarropa del virreynato.

El arzobispo les presentará una cruz para que la bese la augusta pareja, y en todo caso se les salga el diablo austriaco, porque al aceptar la nueva patria es consiguiente que el diablo que los tienta sea mexicano.

Ya se dónde está el diablo, aseguran que en la Tesorería de nación.

—Jesús! Jesús! dijo Clara, este Enrique no perdona á nadie.

—Adelante, dijo el dandy, componiéndose los bigotes. He

visto en la imprenta el discurso del prefecto político, Villar y Bocanegra, y es un documento curiosísimo: la autoridad hace un baturrillo, una verdadera ensalada con el Cerro del Tepeyac y el Departamento del Valle, la Virgen de Guadalupe, Luis Felipe, los indios, Zumárraga los mexicanos, Napoleón III, las mejoras materiales y el rey de los belgas, que no lo entendería nadie, excepto una persona, el señor Fajardo.

SS. MM. tomarán un refresco en la Colegiata, donde los abrumarán á brindis los canónigos. Después emprenderán su marcha á la capital. Señores, México se presentará ataviada como una novia, llevará todas sus galas de fiesta, todo su lujo de los días grandes.

Las puertas de palacio tienen unos arcos dorados de gusto raro; los balcones unos cortinajes de mucho costo á la nación y muy poco intrínseco. Sobre cada una de las puertas hay un retrato de Maximiliano, me parecen muchos retratos para un solo individuo, sin contar con los que el clero ha colocado en los altares del lado de la epístola.

Los edificios públicos están suntuosamente adornados, y todas las calles del tránsito llenas de flores, cintas, colgajos, candiles y gallardetes.

En la Plaza de Armas, cerrando la entrada de la calle de Plateros, se levanta un arco que no está mal; por supuesto que está dedicado al emperador, hoy todo se le dedica, absolutamente todo: hay en el Progreso unos pavos á la Maximiliano que trascienden á veinte cuadras, y unos "pastelones" imperiales que dan ganas de.....pero adelante.

El arco es de orden romano: cuatro columnas lo sostienen y en los intercolumnios se descubre en relieve la alegoría de las ciencias y las artes; yo era de parecer que se pusiera una alegoría de Saligny cuando negó su firma en los tratados de la Soledad.

—Se prohíben los paréntesis, dijo Clara.

—Sobre el cornisamiento hay un friso donde van representadas en bajo relieve la comisión de Miramar y la junta de Notables:

Los cuadros son preciosos: figúrense ustedes que á un pintor se le antojase trasladar á un lienzo á todos los concurrentes á la misa de "doce y cuarto," y tendremos idea del sublime pensamiento que se desarrolla en el arco triunfal.

Mi barbero, que fué miembro de la Asamblea, va á reclamar por qué no se encuentra en el bajo relieve.

Sobre el friso, que sirve como de zócalo, se levanta gigantesca la estatua de otro emperador, es decir, otra estatua de Maximiliano; á su derecha tiene la figura que representa la "Equidad" y á la izquierda la "Justicia," con razón dicen que la justicia es un cero á la izquierda.

Un poeta ha escrito unos dísticos que se han colocado artísticamente en el arco susodicho, y que pueden con todo y arco arder en un candil; dicen así:

El soberano la Nación dirige,
La ley gobierna, la justicia rige.

Por base el trono á la justicia tiene.
Y en la equidad y el orden se sostiene.

Estos versos adolecen de lógica: era necesario que las palabras "equidad" y "justicia" estuvieran en el verso, y el poeta las plantó, como en palacio los tres retratos de emperador.

—Caballero, dijo el señor Rodríguez, no ha dejado usted títere con cabeza.

—Después de lo dicho, no nos queda más que oír los ripiques atronadores, las salvas de artillería, los cohetes infernales y el vals del Beso, sin contar con los gritos descompasados de los policías secretos y de los niños de las escuelas municipales. Si á esto se agrega un discurso del señor Fajardo que tanta tentación le causa!

—Mas me causa su hija, que es bellísima, nunca igualando lo presente, señorita.

—Gracias por la galantería.

—No debe usted privarse de esta diversión, porque no todos los días se ven entrar emperadores; en cambio nunca se les ve salir, porque lo hacen á horas excusadas.

—Siempre el mismo, dijo Don Alfonso, tiene usted una lengua rayada.

—Lo que siento es no pertenecer á la nobleza, porque no concurrirémos á las intriguillas de la corte: estoy segura que más de cuatro señoras han soñado con la Pompadour y la Maintenon.

—Está usted esta noche insufrible.

—La señora Doña Canuta ya se juzga una Montespan; el pájaro que llevaba la noche pasada indicaba que va á hacer furor en la corte de los austriacos.

Clara no pudo contener la risa.

—Era un pavo de Indias, dijo el andaluz, de esos que usted asegura que hacen trufados á la Maximiliano.

—Vamos de murmuraciones, amigo mío.

—De algo han de servir los prójimos, y sobre todo las prójimas.

—Esa señora es respetable.

—Debía serlo por su edad, pero.....la verdad no tengo fuerzas para indultarla después de lo del pájaro.

—Como los austriacos son fatalistas, dijo el andaluz, van á desconfiar del porvenir en viendo el tocado de esa señora; van á creer que es un pájaro de mal agüero.

V.

Al día siguiente, 12 de Junio del año de gracia de 1864, entraron en la noble ciudad de México los señores archiduque Maximiliano y Carlota de Austria, á ocupar el antiguo trono de Moctezuma.

CAPITULO UNDECIMO.

LA MONTAÑA.

I.

El ejército de la República estaba envuelto en la derrota más completa; las defecciones estaban á la orden del día, y los patriotas eran asesinados en los campos de batalla y subían al patíbulo en las ciudades.

¡El espectáculo era horroroso!

La Europa cantaba victoria, la prensa enzalsaba al imperio, y se cubría con flores la sangre de los mexicanos.

Entretanto, la Unión Americana tomaba grandes ventajas sobre los confederados, que hacían esfuerzos supremos, heroicos, para lograr su desatinada empresa.

El termómetro de la situación mexicana estaba en el Capitolio.

Los restos del ejército de Juárez se habían refugiado en las montañas y hacían una guerra sin tregua á los invasores.

Las sierras inaccesibles de Michoacán eran los parapetos que la naturaleza ofrecía á los defensores de la República.

Los franceses avanzaron hasta Zitácuaro, foco de la insurrección, no sin pérdida de gente, porque tras de cada roca se escondía un grupo de guerrilleros, desde donde hacía fuego sobre el enemigo, aprovechando las ventajas del terreno.

Cuando uno de aquellos soldados del pueblo caía en manos

de los franceses, duraba su vida lo que dilataba el acto de fusilarle á no ser en los grandes combates en que se les perdonaba la vida.

No pasaba un sólo día sin un encuentro, una emboscada, un albazo, una derrota ó cualquier incidente sangriento.

II.

El coronel Eduardo Fernández, después de la toma de San Luis, se había dirigido con un grupo de valientes á ese benemérito Estado de Michoacán, donde había más probabilidad de éxito en las operaciones militares.

Aquellas montañas son el asilo de la libertad y la fuente inagotable del patriotismo.

Martínez y Quiñones, derrotados en la Tierra Caliente, se habían reunido con su coronel Fernández, y campeaban por cuenta de la República, exponiendo día á día su existencia, haciendo lujo de un valor temerario.

Ya no era el coronel Eduardo Fernández aquel guapo joven, elegante y apuesto. Su semblante se había tornado feroz en aquella guerra salvaje y sin cuartel; su cutis estaba tostado por el sol y el aire de las montañas; sus manos se habían encallecido; su traje estaba en girones; su sombrero, azotado por la lluvia y los huracanes; sólo sus armas no estaban emmohecidas, y su caballo de batalla permanecía lozano como á la salida de la capital.

Quiñones y el capitán Martínez tocaban á la desnudez: sus botas se han cambiado por *huaraches*, y de las camisas les quedaban unos girones.

Martínez le había robado á un colegial de la catedral de Morelia un manto colorado del cual se habían hecho blusas él y su compañero de campaña; pero ya las blusas tocaban á su último día ó por mejor decir, ya habían tocado á su término.

Ese aspecto de miseria hacía parecer á aquellos hombres como unos bandoleros.

La vida nómada que arrastraban, había gastado hasta cierto punto su corazón, y ya la muerte les parecía una cuestión de poco momento.